

Ricardo Camargo (2014). *Repensar lo político. Hacia una nueva política radical*. Buenos Aires: Prometeo, 179 pp.*

MAURO BASAURE

Universidad Andrés Bello

Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES)

Pese a que únicamente dos de los siete artículos que componen este libro (ocho si se considera el excursus sobre el movimiento estudiantil chileno con el que su autor, Ricardo Camargo, lo cierra) refieren a la teoría žižkeana del acto, una lectura atenta del libro mostrará al lector que cuando Camargo llama a repensar lo político en los términos de una nueva política radical, lo hace teniendo como base fundamental a dicha teoría. No es casual que los dos primeros artículos se centren de manera importante en dicha teoría y tengan a la noción de acto en el propio título. Camargo considera que la “teoría del acto es probablemente el más promisorio, pero también el más controversial esfuerzo teórico que lleva a cabo Žižek por pesquisar lo verdaderamente distintivo de lo político” (p. 19).

En gran medida este libro puede ser leído como: *i*) una presentación relativamente acabada y lograda de dicha teoría; *ii*) una puesta en discusión de ella con las visiones de otros pensadores de lo que cabe llamar el pensamiento político radical contemporáneo –Alain Badiou, Antonio Negri, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, entre otros–; *iii*) un esfuerzo por complementar dicha teoría con tales visiones y; *iv*) por último, como un esfuerzo por analizar ciertas coyunturas políticas concretas a partir de tales esfuerzos conceptuales, específicamente el movimiento estudiantil chileno del 2011.

Es en el artículo que inaugura el libro –“La materialidad indecible de lo político: Žižek y la teoría del acto” (p. 19-45)– donde Camargo presenta detallada y largamente dicha teoría. Desde el punto de vista conceptual, ese capítulo, por tanto, estructura la unidad del libro. En ese capítulo, que acentúa el horizonte materialista en que se desenvuelve la teoría del acto de Žižek, ella es presentada en gran medida en contraposición y analogía a la noción de *acontecimiento* de Badiou, que Žižek desecha por idealista. Un ejercicio similar de analogía y crítica puede encontrarse en el segundo capítulo –llamado “Lo político como revolución, acontecimiento y acto: Un entrecruce entre Arendt, Badiou y Žižek” (p. 47-60)–. En este capítulo nuevamente la perspectiva materialista o immanente de Žižek es puesta en posición de superioridad ya no solo respecto del idealismo de Badiou, sino que también del que Camargo detecta en Arendt. El primero con su noción de acontecimiento y la segunda con la de nacimiento, ambos por igual acentuarían

* Presentación realizada en el marco del XI Congreso Chileno de Ciencia Política “Política, diversidad y conflicto: nuevos debates a 30 años de la ACCP”, Santiago 15, 16 y 17 de octubre de 2014. Esta publicación está en el marco de los proyectos: Fondecyt 1140344; Fondecyt 1150790; Conicyt/Fondap 15130009; Núcleo DI/446-13N.

una noción de la novedad radical, propia de lo que es verdaderamente político, como exterioridad a las condiciones materiales de existencia, como milagro. Menos interno al análisis conceptual de las nociones de acto y acontecimiento, en el tercer capítulo –titulado “La emergencia de lo político: Una crítica desde Badiou y Žižek al constitucionalismo liberal” (p. 61-77)– Camargo pone en juego el concepto de lo auténticamente político, asociada a dichas nociones, contra las pretensiones universalistas y de neutralidad del constitucionalismo liberal.

Nuevamente teniendo como base la teoría del acto de Žižek, en el cuarto capítulo –“El atrapamiento de lo político: Una crítica a la idea de cambio emancipador en Michel Foucault” (p. 79-92)– Camargo desliza una crítica de lo que sería un concepto limitado de revolución en el pensamiento de Foucault, precisamente cuando este se dedica al estudio de la revolución iraní. Camargo es menos crítico con Ernesto Laclau cuando en el quinto capítulo –“Articulación y asalto, los dos momentos de lo político: Laclau, Žižek y Foucault en debate” (p. 93-115)– intenta no solo corregir lo que considera es una mala interpretación de Laclau respecto de la teoría del acto de Žižek, sino que también exponer lo que sería más bien una posible complementariedad entre el pensamiento político de ambos autores. La noción de dislocación de Laclau coincidiría con la de acto en Žižek, pues ambas apuntarían a pensar lo auténticamente político como la ocurrencia de algo hasta ahí considerado imposible.

En el capítulo –“Lo político de la multitud: Una crítica a Negri y García Linera”– el menor aporte a la discusión central del libro se compensa con un análisis de lo que para Camargo parece ser un buen diagnóstico de las condiciones materiales de existencia que caracterizan a la vida social en el capitalismo contemporáneo –condiciones desde las cuales, en clave materialista, debe ser pensada la emergencia del acto y acontecimiento–, y, por lo mismo, un ejercicio adecuado –más allá de si es acertado o no– de pensar sobre tales bases la emergencia de un sujeto emancipador, como es el ejercicio de pensar la multitud. Con este mismo espíritu Camargo parece haber pensado el penúltimo capítulo –titulado “En pos de lo político: Del hombre uni-dimensional en Marcuse a la multitud en Negri”–. Pese a sus múltiples diferencias, el espíritu del diagnóstico marcusiano de la sociedad unidimensional se ve en cierta forma renovado, según Camargo, en los análisis de Negri sobre el Imperio. De un análisis no del todo convincente, Camargo extrae, sin embargo, una cuestión relevante para su modelo de análisis: el capitalismo opera sobre una lógica de inclusión e integración total, más que de exclusión. De ello se sigue que no es en la exclusión, sino que en los incluidos en el sistema capitalista (antes en los estudiantes de mayo 68, hoy en las revueltas estudiantiles, en los indignados, entre otros) en quienes se encuentran las posibilidades materiales de la emergencia del acontecimiento. De este modo Negri le servirá, por ejemplo, para entender el contexto estructural de la emergencia del acontecimiento de las movilizaciones estudiantiles del 2011 en Chile, cuestión que especificará en el excurso que cierra el libro. Preparando el paso a él, Camargo termina el presente capítulo diciendo: “las movilizaciones sociales actuales incluida, la de los estudiantes chilenos, (son) todo menos una protesta de los excluidos (que ya no existen) sino –apurando un término–, más bien de los *incluidos precariamente*, todos ellos trabajadores, potenciales o actuales” (156).

En el mencionado excurso final –titulado “Excurso: La revolución estudiantil chilena del 2011” (p. 157-165)– Camargo hace uso de varias de las categorías presentadas y de los análisis realizados en el desarrollo del libro. En particular, aquí uno puede ver el rendimiento posible que la teoría del acto –dada la lectura y el ingenio de Camargo– puede tener para el análisis de procesos políticos concretos. La Bolivia de Evo Morales –un Estado basado en movimientos– y el movimiento estudiantil –elevado aquí, como reza el título del excurso, a la categoría de revolución– serían actos propiamente políticos; ejemplificarían lo que Žižek entiende por acto auténticamente político, es decir, por verdadero acontecimiento. En este excurso, para su análisis Camargo pone en juego además los elementos complementarios, a la teoría žižekiana del acto, que encuentra en Negri y en Laclau. No es desafortunado decir que es recomendable –sobre todo para quienes se encuentren poco familiarizados con dicha teoría, extremadamente compleja– partir por este excurso y solo posteriormente retomar el árido camino de los capítulos iniciales del libro.

Efectivamente, la exposición de este excurso puede transmitir, al menos en parte, el horizonte de reflexión en que se mueven los análisis de Camargo y responder a la pregunta del por qué de su interés en estos pensadores radicales de lo político, especialmente en Žižek. Siguiéndolo, Camargo asume, en primer lugar, aquella perspectiva de base según la cual el carácter abismalmente novedoso del acontecimiento político se conjuga con una perspectiva materialista que hace nacer dicho acontecimiento desde el horizonte de lo dado en el orden del mundo. El movimiento estudiantil del 2011 sería un “acontecimiento” en el sentido de que comportaría una novedad radical. Esa novedad, sin embargo, no tiene la forma de un milagro, esto es de un acontecimiento emergido de la nada, exterior a las condiciones materiales de existencia. Con Žižek y contra Badiou, y apoyándose en los análisis de Negri sobre el capitalismo actual, Camargo dice que su origen está en esas mismas condiciones. Según ello, él señala que lo adecuado es entonces interrogarse por la forma en que la realidad de tales condiciones ha debido estar estructurada para que ocurra este acontecimiento. Para Camargo, esto “no supone negar su carácter radicalmente novedoso..., [sino que permite] evitar construir una configuración de ellas que solo realce su novedad radical. Y, por el contrario, acentúe las mutaciones de la estructura productiva capitalista, y especialmente de las relaciones laborales, que tuvieron que afectar el orden de la realidad para que ellas, las movilizaciones estudiantiles, tuvieran lugar –una perspectiva que en la actualidad ha sido destacada por autores como Antonio Negri y Michael Hardt–. ... tomadas en su mérito, las lecturas de Negri y Hardt –afirma Camargo– resultan particularmente útiles para referir al contexto estructural en que las movilizaciones estudiantiles chilenas tienen lugar” (p. 158). Como parte de este análisis del orden del mundo en que estas movilizaciones se dieron lugar, Camargo encuentra además en los análisis de Foucault sobre el capital humano, una descripción adecuada del marco ideológico neoliberal, de las fantasías que movilizan los deseos y las motivaciones de los individuos y que sostienen al sistema educativo. Efectivamente, conceptos como el de “capital humano”, usado muy tempranamente por Foucault para describir el contenido ideológico del neoliberalismo, y el de subsunción real del trabajo al capital, de Negri y Hardt, permitirían describir el

contexto ideológico por un lado y estructural por el otro desde donde emerge el movimiento estudiantil.

Para Camargo, en segundo lugar, es clave señalar que ese contexto lejos de determinar el contenido político de la lucha de ese movimiento abrió siquiera a la contingencia y a las posibilidades de articulación política y discursiva que potenciaron a ese movimiento como un verdadero movimiento contrahegemónico, cuestión esta última que no aparecía inscrita como posibilidad en el escenario del que ese movimiento emergió. En este punto Camargo hace comulgar –muy productivamente a mi juicio– la noción de articulación de Laclau con la teoría del acto: con la primera trata de mostrar los rápidos desplazamientos articulorios que condujeron al movimiento a abrirse a terrenos impensables originalmente, imposibles según las condiciones previamente dadas. Esto último –el que algo imposible llegase a ocurrir– es parte esencial de lo que Žižek considera un acto verdaderamente político, un acontecimiento. Más que haber sido posible desde siempre en un sentido causal, el movimiento estudiantil habría generado, retroactivamente, las condiciones de su propia posibilidad dislocando el sentido común ampliando el propio orden del mundo en el que él intervino.

Según este análisis –como cita Camargo en otro lugar del libro– el movimiento estudiantil es un acto como lo fue el de Antígona. “Žižek –cita Camargo– ha enfatizado que lo que caracteriza a la desobediencia civil protagonizada por Antígona no es simplemente una desobediencia al derecho público, basada en un *ius* más fundamental que preexistiría y fundaría el acto de desobedecer (eg., el derecho natural). Por el contrario, para Žižek, lo que está en verdad en juego acá es un acto que una vez ocurrido, y precisamente debido a su previa “imposibilidad”, no tiene otro camino más que crear *ex nihilo* un nuevo horizonte de posibilidades. En el caso de Antígona: “a través de la insistencia por dar un [imposible] adecuado funeral a su hermano muerto, ella [Antígona] desafía la noción predominante de lo bueno, y crea una nueva concepción de dicha noción” (p. 29).

Para Camargo, en tercer lugar, es importante señalar que el movimiento estudiantil no solo generó un acto “imposible”, en el sentido antes señalado, sino que además logró poner en cuestión las propias fantasías que sustentan ideológicamente el orden simbólico del cual él emergió. Camargo señala: “...la movilización ‘estudiantil’... muestra lo rápido que una movilización de un sector social específico, producida por un mal funcionamiento de la ideología de la autonomía del capital, o si se prefiere del totalitarismo del capital que alcanza incluso al trabajador concebido ahora como capital, puede derivar, con articulación y lucha, en una movilización que cuestione las bases mismas de un sistema educativo inscrito en la égida de la teoría del ‘capital humano’” (p. 162) “(...) ...fruto y al calor del proceso articulador, la demanda estudiantil... fue paulatinamente mutando hacia una demanda más abstracta, menos específica, y si se quiere más político-ideológica que levantaba ahora las banderas de la educación pública gratuita. Una demanda que así presentada, en su vaciedad, se erigía como un receptáculo ideal que progresivamente iba conteniendo energías discursivas antagónicas al modelo de educación de mercado y regido por las teorías del “capital humano” que domina la sociedad chilena...” (p. 164). Así, en tono de síntesis conceptual, Camargo señala que “...el arsenal teórico propuesto por Negri

y Hardt (la tesis de subsunción real), Foucault (la genealogía de las teorías del ‘capital humano’) y Ernesto Laclau (las lógicas de articulación política) resultan vitales para entender, tal y como lo demuestra el caso chileno, que las luchas políticas contemporáneas están directamente enraizadas en una nueva estructura de capitalismo global (la subsunción real del trabajo al capital). La que provee el marco de actuación de las lógicas articuladoras y de construcción de hegemonía sugeridas por Laclau. Un marco, valga precisar, que no determina ‘en última instancia’ dichas lógicas como el viejo marxismo ortodoxo sostenía, sino muy por el contrario, acrecienta su contingencia. Ello lleva incluso a mutaciones aceleradas en el carácter de los significadores maestros, como ocurre con el paso de la ‘demanda en contra del endeudamiento’ a otra demanda por la ‘educación gratuita’” (p. 164-165).

Por último, en base a estos mismos análisis, Camargo acentúa que el vertiginoso proceso articulador sobre el cual se despliega el acto ocurre sin que pueda asumirse –o precisamente no pudiendo asumir– que los propios actores sabían lo que estaban realizando, esto es, haciendo realidad. Era el propio acto lo que se les iba apareciendo a los sujetos de la acción, los que solo retrospectivamente podrían saber que era esa posibilitación de lo imposible lo que realmente buscaban con sus acciones. Al principio de su libro, Camargo citaba a Žižek en el siguiente sentido: “...conviene precisar que la ‘decisión subjetiva comprometida’ que crea al acontecimiento, que da lugar al acto, no es asimilable a una decisión racional, entendida como una decisión motivada solo por una voluntad consciente (purificada de todo impulso y deseo). Por el contrario, lo que tiene en verdad Žižek en mente aquí es la lógica que opera en los actos heroicos (Žižek, 1999a: 376), en donde el sujeto, lejos de ser presupuesto como maestro de todos sus actos, es más bien “sorprendido” por su propio acto, el que una vez ocurrido transforma radicalmente al sujeto “autor” del mismo (p. 37).

Como puede verse, Camargo obtiene de la obra de los autores que mueven su reflexión teórica una perspectiva de análisis concreto muy rica y sofisticada. Es raro encontrar a un autor que logre realizar un paso tan agudo de cuestiones teóricas muy espinudas al análisis concreto de eventos políticos. Camargo lo logra en esta obra muy iluminadora. Sería un tanto aventurado decir que el análisis del movimiento estudiantil es completo o, incluso, acertado. Las falencias deben buscarse en las propias teorías movilizadas de las que Camargo, sin duda, obtiene lo mejor que ellas pueden entregar para un análisis tal. La falencia más aguda refiere a la dimensión normativa, ausente de todas estas reflexiones. Si se asume, como creo que es correcto hacerlo, que la lógica de articulación política y discursiva de dicho movimiento se ha realizado en base a los principios democráticos y de reconocimiento de derechos, propios a las sociedades modernas, difícilmente puede él describirse en términos de una novedad radical respecto del orden simbólico o como una puesta en cuestión de él. En vez de una trampa democrática, como lo asume Žižek, dichos principios parecen ser más bien el referente clave que permite siquiera la posibilidad de la articulación colectiva. Un análisis igual o más productivo que de Camargo puede obtenerse haciendo valer las formas de revalidación del horizonte normativo de las sociedades modernas que han suscitado sin duda desde antiguos movimientos, reformas y revoluciones. Pese

a que cabe tener serias dudas respecto de que sea la novedad radical lo que hace de lo político lo auténticamente político, no cabe en ningún caso tenerlas respecto del aporte y el aprendizaje que, pese a esta limitación, nos entrega Camargo en *Repensar lo político. Hacia una nueva política radical*.

Mauro Basaure es Dr. en Filosofía de la Universidad de Frankfurt. M.A. en Filosofía y Licenciado en Sociología de la Universidad de Chile. Profesor Escuela de Sociología de la UNAB. Investigador del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social, COES. Prof. del doctorado en Psicoanálisis de la UNAB y del Doctorado en Sociología UAH.
E-mail: mauro.basaure@gmail.com